

"LA IGLESIA, en el Sínodo, lucha por **democratizarse**". Sí y no. Compuesta de hombres, procura hablar un lenguaje humano, tiene debilidades humanas, se organiza como una sociedad humana; en cada época reflejará, quiera o no, las formas vigentes de convivencia humana. Si en otros siglos tuvo aspecto de monarquía —de la que quedan resabios de museo— hoy está dando los primeros pasos del aprendizaje democrático. ¿No tiene, entonces, la Iglesia una organización definida? ¿Deberíamos ser pragmáticos y afirmar que cada época debe buscarse la suya?

El problema no estará adecuadamente planteado si no nos ubicamos en la perspectiva de la fe, es decir, si no tenemos en cuenta todo lo que nos dice el Evangelio y todo lo que la Iglesia nos va diciendo de sí misma. El Vaticano II nos recuerda que la Iglesia, antes que ser **institución** es **misterio**, acontecimiento de salvación, signo del amor de Dios. La institución posee un valor, pero de servicio hacia la comunidad de los creyentes (de los que se sienten creyentes y de los que ignoran que lo son). Cuando se olvida que la Iglesia está conducida por el Espíritu de Dios, cuando la fe se encierra en puros contenidos dogmáticos y margina el sentimiento de confianza, se la cree, entonces, a merced de los hombres y se busca protegerla contra el instinto humano de dominio.

La organización de la Iglesia católica ha mostrado, al menos en el último milenio, un cierto aspecto de monarquía. Como una monarquía puede hacerse absoluta y despótica, habrá que buscarle un contrapeso que equilibre. No pocos obispos, en el Vaticano I (1870), creyeron encontrar la fórmula ideal en la "**monarquía temperada por aristocracia**" (papa-obispos). Pero esta componenda resulta aún más inadecuada y fue abandonada por la mayoría de aquellos Padres conciliares.

En toda forma de gobierno se busca, en verdad, un **equilibrio de poderes**: monarquía - constitucional; o bien: poderes ejecutivo, legislativo y judicial, cámara alta y cámara baja, gobierno federal y gobiernos provinciales, presidente y primer ministro parlamentario, etc. Buscar, en cambio, en la Iglesia, un equilibrio de poderes significaría que se ha descuidado lo esencial: que la Iglesia es una comunidad convocada por la Palabra de Dios. De esto poseen una conciencia muy viva las Iglesias no católicas, tanto de oriente como de la Reforma, y de ellas tenemos también algo que aprender, si aceptamos las palabras del Vaticano II: "Fuera del recinto visible de la Iglesia católica, pueden encontrarse muchísimos y muy valiosos elementos o bienes: la Palabra de Dios

escrita, la vida de gracia, la fe, la esperanza y la caridad, y otros dones interiores del Espíritu Santo y elementos visibles" (Decreto sobre el ecumenismo, n. 3). Y tal vez las otras Iglesias puedan aprender algo de nosotros del valor de la institución como servicio hacia la comunidad.

A quien no posea una fe muy viva en el Espíritu de Dios, que conduce a la Iglesia y se manifiesta tanto por el papa como por los obispos y por todo el Pueblo de Dios —bien que de modos diversos— le parecerá natural que se busque perfeccionar la "**maquinaria**" eclesiástica para prevenir abusos. La monarquía papal podría ser controlada por un parlamento episcopal, el gobierno feudal de cada obispo con una agremiación de las bases laico-clerical. Pero cuando se procura expresar en leyes canónicas ese "reajuste", se llega a callejones sin salida: "El papa no podrá publicar una encíclica sin la aprobación de los obispos". ¿Qué teólogo pretenderá fundamentar ese supuesto canon? ¿Qué ley podría condicionar la manifestación del Espíritu que habla por boca de los pastores, sean los obispos de Roma o los de todo el orbe católico? ¿O que ley podría mantener amordazados a todos los creyentes, dado que el Espíritu "sopla donde quiere"?

Esas aporías jurídicas nos demuestran, en suma, que el "equilibrio de poderes" no era el camino acertado.

El creyente sabe que la Palabra de Dios no está encadenada por ninguna estructura humana. Si un miembro de la Iglesia, sea laico, obispo o papa, no ha sabido transmitir la Palabra de Dios, el mismo Espíritu se hará oír en toda la comunidad cristiana para que el Evangelio sea anunciado en toda su pureza. Cuando la Iglesia "oficial", por ej., se hizo demasiado palaciega y mundana, el rostro de Jesús pudo ser contemplado nuevamente en el "poverello" Francisco de Asís.

La Iglesia no se va a salvar por una **Constitución** perfeccionada o por un Vélez Sársfield canonista. Tal vez se salve por un tiempo, para caer luego estrepitosamente, por haber puesto su confianza en los hombres y no en Dios. Además, no se trata de que se "salve" la Iglesia, sino el mundo, la humanidad. La Iglesia presta un **servicio** (diaconía), **anuncia** el Evangelio (kerigma), es una **comunidad** de amor (koinonía).

Si la Iglesia es así, tan espiritual y mística, ¿por qué los obispos en el Sínodo, en vez de reunirse para discutir no se van a rezar todos juntos a San Pedro? En realidad, no se reúnen para discutir, sino para **profetizar**, es decir, interpretar los signos de los tiempos. No van a Roma a cuestionar al papa; se reúnen obispos de todo el mundo con el obispo de Roma para **dejarse**

PABLO EL SI

por Ignacio

cuestionar por la Palabra de Dios. Así lo comprendió Pablo VI cuando sonreía —según los diarios— oyendo hablar a Mons. Suenens, el Cardenal "contestatario". Los obispos tienen algo que decirle al papa y el papa a los obispos; por boca de todos ellos habla el Espíritu de Dios. Ya advirtió el papa a los miembros de la curia romana que no deben ponerse a la defensiva, sino recoger con humildad las críticas de las voces hermanas. Si se hubiera seguido este sabio consejo del papa se habrían evitado urticantes reacciones.

Quien tal vez mejor ha comprendido que la Iglesia debe poner toda su confianza en Jesús, el Salvador, es el mismo Pablo, obispo de la antigua Iglesia de Roma. Más de un miembro de la jerarquía desearía que la actual crisis fuera superada por una conducción enérgica, por una **mano** fuerte. Condenaciones, anatemas, excomuniones, serían las bayonetas de la nueva política. "Pero este papa no tiene carácter. Que no lllore como mujer lo que no supo defender como hombre". ¿Defender? Allí está el comienzo de las falacias.

Pablo nos señala el camino: confianza en el Espíritu que conduce a la Iglesia. No arremetió violentamente contra los que criticaron su última encíclica. ¿Debilidad? No. Confianza en la verdad que nos hará libres. La historia de la Iglesia nos muestra que la comunidad cristiana tardó siglos en esclarecer determinados aspectos de la fe. Ni teólogos, ni papas, ni concilios pudieron hacer abortar el natural proceso de reflexión, impulsado por el Espíritu. Dirigiéndose Pablo VI al Katholikentag de Alemania expresó que consideraba útil la discusión que siguió a su encíclica. El mismo papa ha visto cómo el Concilio superó las doctrinas de algunos de sus predecesores en materia de libertad

VI Y NODO

Pérez del Viso

religiosa, por ej. El magisterio ordinario de un papa puede presentar lagunas. El Espíritu que mueve a la Iglesia se encargará de llenarlas.

Nadie negará que la Iglesia atraviesa un momento de aguda crisis, una de las más agudas de su historia. Todo creyente experimenta angustia y esperanza. El papa también. Pero, lamentablemente, la prensa, que atisba los menores síntomas de crisis, nos hace llegar, a veces con letra tipo catástrofe, las lamentaciones del papa jeremías y apenas concede importancia a sus palabras de esperanza. Cada lágrima suya es recogida cuidadosamente y expuesta a la veneración de la "grey católica". Lo que se olvida, indudablemente, es que este papa pasará a la historia como un pastor que puso toda su confianza en Dios, en el Espíritu que vivifica a la Iglesia, y no en los anatemas que la momifican. Podría el papa lanzar anatemas, pero para que sus sucesores lloren sobre ellos. En el año 1054 los legados pontificios pronunciaron la sentencia de excomunión contra Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, respondiendo éste y su Sínodo de igual forma contra aquéllos. En el año 1965 Pablo VI llega a decir: "Afirmamos ante los obispos reunidos en el Concilio Vaticano II que lamentamos los hechos y palabras dichas y realizadas en aquel tiempo, que no pueden aprobarse. Además, queremos borrar del recuerdo de la Iglesia aquella sentencia de excomunión, y, **enterrada y anulada**, relegarla al olvido". La historia nos dirá si algún día no intentará otro papa "enterrar y anular" las excomuniones que hicieron hervir al siglo XVI.

Algunos continúan pensando que en el Sínodo los obispos van a Roma a **arrancarle concesiones al papa**. No tienen, en verdad, ningún "privilegio" que solicitarle. Un Cardenal o un Monseñor, sí. Pero los obis-

pos, en cuanto pastores de la Iglesia, tienen todos los poderes que emanan de su carisma jerárquico. ¿Qué pretenden, entonces, los obispos "liberales" con su arremetida contra el poder central? Para responder a esta pregunta deberíamos recordar nuevamente que el Espíritu de Dios se manifiesta en **toda** la Iglesia, por la palabra del papa, la de los obispos y la de todos los creyentes, de acuerdo a la diversidad y jerarquía de los dones. Esa multiforme epifanía es un signo de vitalidad; pero si el coro de voces no es armónico —lo cual no equivale a uniforme— la gritería será infernal. El "kerigma" (predicación) debe darse en la "koinonía" (comunión). Y es la koinonía la que se desea robustecer.

Para un sector de obispos, la solución sería: que los obispos no hagan tantas declaraciones sin consultar antes con el papa, centro de unidad. Para otro sector: que el papa no haga declaraciones importantes sin consultar antes con los obispos, los de la "catolicidad", y no solo los de la curia romana. Es evidente que ambos postulados tendrán que ser tenidos en cuenta por el Sínodo. Ningún sector pretende acallar la Palabra de Dios, ya resuena en el centro o en la periferia, en la Iglesia universal o en las Iglesias locales.

En los últimos siglos, hasta el Vaticano II, no se tenía una conciencia tan viva de que los obispos son verdaderos pastores de la Iglesia y no meros funcionarios, como lo son, por ej., los miembros de la curia romana. A esta concientización siguió una crisis natural de crecimiento o readaptación: los obispos deben hacerse cargo de su función y responsabilidades, el papa no debe sentirse molesto por las voces del colegio episcopal. **Nada se le ha quitado, por tanto, al papa para darle a los obispos.** Simplemente se ha reflexionado sobre lo que nos dice el Nuevo Testamento acerca de la función de los pastores en la Iglesia y sobre la forma como esta función se ha desarrollado en otros tiempos (primer milenio) o en otras latitudes (Iglesias de Oriente).

El desconcierto de no pocos creyentes proviene de interpretar como "**rebelión**" la vitalidad natural del cuerpo de la Iglesia. Piensan que el sistema se resquebraja, que ya no hay obediencia, que el cisma es inevitable. Los despachos de prensa —a los que, naturalmente, no se les puede exigir precisión teológica, pero sí, al menos, ecuanimidad— transmiten, por ej.: ¡El Cardenal Suenens puso en duda la infalibilidad del papa! Leemos, a continuación, las palabras del "enfant terrible" y comprobamos que nada tienen que ver con el título. Posiblemente no haya una idea muy clara, en el ambiente, de lo que entiende la Iglesia Católica cuando

habla de la infalibilidad del papa. Pero, de cualquier modo, esto nos lleva a otro problema, el de la **publicidad** en la Iglesia. A pesar de que el Concilio fue hecho a puertas abiertas, de que se sacaron los trapitos al sol delante de observadores no católicos, algunos timoratos siguen con mentalidad de catacumba: encerrarse, hablar en secreto, cabildeos. Consecuencia: la prensa, en su deber de información, supone lo que ignora, teletipea frases de polvorín y no visiones de conjunto.

Quien recibe todos los chubascos, en el Sínodo, parece ser la azorada **curia romana**. ¿Es acaso el Sínodo el partido desquite de los obispos contra la curia, que aún resiste, frente al arbitraje papal, con un amplio margen de gol-average? Si alguno desea presenciar un espectáculo vía satélite sepa que encontrará la butaca caliente: en el Concilio de Trento un obispo se prendió, con ambas manos, de las barbas de otro, y ciertas expresiones que resonaron en el aula conciliar sería mejor dejarlas en latín.

Si no nos abrimos a la fe, nos quedamos en las apariencias de la Iglesia, en lo superficial, anecdótico y humano. El problema de la curia romana no puede ser reducido al de una lucha entre los poderes central y regionales. Es, más bien, una consecuencia de la revalorización de la función episcopal. Un organismo creado para asesorar al obispo de Roma se encuentra repentinamente desbordado por el dinamismo del episcopado universal. Se ve desconcertada, la curia, frente a la multiplicidad arrolladora de iniciativas, quejas y pedidos de más de dos millones de obispos. Quiere satisfacer las nuevas necesidades con métodos que, a veces, son los antiguos. Ya no puede ser un organismo al servicio del papa: se pide que lo sea al servicio del episcopado universal, presidido por el papa.

No parece justo, por tanto, hablar de **rebelión** en la Iglesia; reajuste de los organismos de gobierno según los principios señalados por el Concilio, sí. Pero no nos engañemos: **la Iglesia no encontrará la organización perfecta**; dentro de algunos años, tal vez, se producirá, como efecto rebote, el problema de las Iglesias "nacionales", y haya que largarse a la búsqueda de nuevas formas de catolicidad o universalidad. Lo importante es caer en la cuenta que la organización visible debe ser un signo del don de Dios prometido en el Evangelio. Cuando esa significación no es percibida claramente, el signo debe ser readaptado a las nuevas mentalidades. Pero más importante aún es reconocer que el signo no posee valor por sí mismo, sino por ser la manifestación del Espíritu de Dios, el cual rebasa todo signo defectuoso y toda debilidad humana para llegar al corazón del hombre. ♦